

puro ni la ciencia pragmática del científico burgués, sino la reflexión de la lucha de clases y la praxis revolucionaria en la teoría, no como mero reflejo pasivo, sino como examen de la acción de la clase trabajadora en lucha por su emancipación. Desde luego, esta clase no medita por sí misma, sino por la mediación de sus dirigentes y aun de sus líderes con un fuerte contenido personalista. Esta mediación se escapa del discurso de Korsch, defensor, sin saberlo, de la espesa burocracia creada por la Tercera Internacional. Tampoco aparece en el texto la cuestión, ya planteada entonces, del carácter socialista del Estado soviético.

En notas posteriores (*Crisis del marxismo* es de 1931), el autor toma distancias y esboza un planteo crítico de riquísimas consecuencias: caracteriza históricamente al marxismo como un hecho del pasado, la filosofía que trataba de dar cuenta de la lucha revolucionaria de la clase obrera en la primera mitad del siglo XIX, para convertirse, en la segunda mitad, en una ideología revolucionaria paralela a la vida de un proletariado ya alejado de planteos revolucionarios y dominado por las líneas del sindicalismo libertario y del reformismo. Este desbordamiento histórico obliga al marxismo a formular una nueva teoría de la revolución si quiere seguir siendo la conciencia revolucionaria del proletariado (esto tiene miga: ¿no está ejemplificada esta conciencia por el proletariado ruso?).

En esta línea se inscribe el trabajo final del libro, sobre la dialéctica de *El capital*, que Korsch entiende centrada en la categoría de fetichismo de la mercancía y en la visión del capitalismo en función de su transformación revolucionaria, lo que da a la ciencia marxista su carácter de «proletaria y revolucionaria» (y entonces, ¿qué tal de científica?).

Las discusiones familiares del marxismo no han cesado. Los problemas abiertos por el corazón de los textos marxianos tampoco. Acaso no tengan solución y las aporías sigan tensas como en el primer momento. La obra de Korsch, en todo caso, contribuirá a que el pensamiento de Marx, en tal estado de apertura, supere la peligrosa cristalización del dogma.—B. M.

FREDRIC JAMESON: *La cárcel del lenguaje. Perspectiva crítica del estructuralismo y del formalismo ruso*. Traducción de Carlos Manzano, Ariel, Barcelona, 1980, 229 págs.

Si, como moda, el estructuralismo parece extinguido desde principios de la década anterior, por sus implicancias filosóficas se entronca con una tradición importante en este siglo, y por ello parece destinado a ca-

racterizar una de las opciones del pensamiento actual. Esto es lo que parece haber movido a Jameson a trabajar sobre los modelos del pensamiento estructuralista, en las vertientes que proponen la lingüística de Saussure, el formalismo ruso y el positivismo lógico.

De Saussure, el estructuralismo ha tomado los pares significado/significante y diacronía/sincronía, pero congelándolos en unas oposiciones eternas y carentes de historia, en lugar de resolverlas dialécticamente, como señala una de las posibles salidas saussurianas.

Al examinar a los formalistas rusos, Jameson se detiene en el efecto de extrañamiento (algo contado por el arte debe producir el efecto de ser contactado por primera vez), de la autorreflexión literaria (toda obra es un señalamiento reflexivo: se trata de un hecho de la literatura) y de la paradoja sobre la historia formulada por Eichenbaum: la historia trata de lo que cambia, pero en la medida en que no cambia; de otra manera sería ininteligible. No es la ciencia del cambio, sino de lo inmutable.

Los principales nombres del estructuralismo ocupan la mayor parte del libro, pero no en cuanto panorama de sus doctrinas, sino en una suerte de antología de sus temas centrales: la epistemología de Althusser; la teoría del mito de Levi Strauss; la lectura de Lacan sobre Saussure; las relaciones entre escritura, cuerpo y sociedad en Barthes; la crítica del sentido en Greimas; la teoría de la huella en Derrida:

El estructuralismo francés nace con Levi Strauss, cuando éste decide que la ciencia social más desarrollada es la lingüística y aplica el modelo por ella propuesto a la estructura de los parentescos (Mauss leído en clave saussuriana). Pero ahondando tendenciosamente esta propuesta inicial, otros estructuralistas, más papistas que el Papa (y más veleidosos, pues abandonarán como moda lo que Levi Strauss sigue sosteniendo como método), empujarán el principio al espacio del escepticismo kantiano. Nada sabemos de las cosas en sí mismas, sólo tenemos de ellas los indicios que nos dan las formas del lenguaje, de algún modo constitutivas de la realidad y del discurso sobre la realidad. El pensamiento está preso en la cárcel del lenguaje y, como dice Ricoeur, no puede salir de ella por haberse eliminado (como no ocurría en Kant) el sujeto trascendental, so pretexto de que es un artefacto inventado por el humanismo y ahora obsoleto.

Al caracterizar filosóficamente al estructuralismo como un neokantismo que no puede salir de sus atolladeros, como salió la filosofía racionalista hacia la dialéctica, Jameson explica indirectamente los alcances y las vallas insuperables puestas por la escuela a su mismo quehacer.

Jameson también se ocupa de otros contactos del estructuralismo (con la filosofía de los arquetipos y con Heidegger, por ejemplo), así como

de las relaciones engañosas con Marx y Freud, a partir de fórmulas sonoras, aunque finalmente nebulosas, como la «ruptura con toda la tradición filosófica occidental» (como si hubiera una sola) y la refundación del pensar (como si fuera tan sencillo cortar el hilo de la historia y hacer abstracción de lo vivido). Fiel al principio hegeliano de que «el ser esencial es lo que ha sido», Jameson relee a los estructuralistas tirando de los velos ocultadores y haciendo luz en los ángulos sugestivamente más oscuros.—B. M.

*Historia del marxismo. El marxismo en la época de la II Internacional* (2). Traducción de Máximo Loizu, Bruguera, Barcelona, 1980, 311 págs.

Dentro de la historia del marxismo programada por un colectivo donde figuran Eric J. Hobsbawn, Franz Marek y Ernesto Ragionieri, entre otros, y que abarca una docena de volúmenes, el presente cubre el período que señalan el final de Engels y la revolución espartaquista en Alemania durante la primera postguerra.

El tiempo cubierto por el estudio se centra en las figuras más importantes de la Segunda Internacional, deteniéndose en las elaboraciones ideológicas de Bernstein y Kautsky, así como en las variantes leninistas y espartaquistas que ya tienen definido perfil a fines de la década del diez. Como puede observarse, es una época rica en significantes decisivos para el marxismo: de algún modo, todo su dramático destino está diseñado por las tensiones que llevan de la socialdemocracia al putschismo, pasando por las posiciones radicalizadas.

El marxismo se forma aprovechando la experiencia del proletariado revolucionario en la primera mitad del siglo XIX, o sea, en lo más duro de la acumulación capitalista de la revolución industrial. En la segunda mitad de la centuria, la fuerza del movimiento obrero hace cambiar las condiciones de lucha y se vislumbra la posibilidad de obtener cambios evolutivos sin apelar al corte revolucionario entre capitalismo y socialismo. El marxismo se ve enfrentado a decidir si mantiene su radicalismo filosófico llevado a la acción política o si cabalga sobre los hechos, tal como los define el movimiento real de la historia.

Las vacilaciones y aun enfrentamientos rigurosos entre los sectores marxistas no hacen sino corroborar la idea de que no hay un marxismo, sino varios, y que todos pueden reclamarse, ideológicamente, de la paternidad marxiana. Por un lado, está el catastrofismo redentorista, que quiere ver en el capitalismo un sistema exhausto al que basta con empujar

por la pendiente final para que luzca la aurora roja. Por otro lado, está la realidad de una clase obrera que no responde al rol impuesto por la filosofía revolucionaria a la clase que deberá asumir el mesiánico papel de refundar la historia. El choque de Lenin con el reformismo, y de Luxemburg y los consejistas con Lenin, gira en torno a este enfrentamiento ideológico previo, que puede rastrearse ya en el mismo Marx, pero con mayor nitidez y desgarró en la vejez de Engels.

El colectivo que ha resuelto este volumen atribuye a Oscar Negt, Hans Josef Steinberg y Marek Waldenberg los capítulos generales, en tanto Iring Fletscher se ocupa de Bernstein, Massimo Salvadori de Kautsky y Oskar Negt de Rosa Luxemburg.

Historiar el marxismo (su *corpus* de doctrina, sus teorías de la sociedad, sus relaciones con el efectivo movimiento social) es tarea entre las más difíciles de la historiografía actual. Si se opta por un sector como «verdad del marxismo», se tiñe el discurso con un tono especioso que borra los demás colores. Si se pretende mantener una distancia objetiva y liberal ante la escena, se corre el riesgo de entender que el marxismo no atañe al historiador, lo cual, en cualquier científico social de hoy que se respete, puede ser una falencia grave.

El intento de pasar apretadamente por la selva doméstica marxiana, por la historia social contemporánea y por la batalla ideológica sin dejar de decir nada, sin dar la razón a nadie y sin ahondar eruditamente en un farrago documental está logrado en su mayor parte por los autores. Ningún sectario se sentirá herido, nadie ajeno cerrará el libro como escrito por el enemigo, y el que busque el dato esencial, lo encontrará. El exigente tal vez no dé con novedades, pero no podrá entrosar ligereza o miopía a los realizadores. Y quien quiera iniciarse en esta difícil cosmogonía humana que es el socialismo, podrá acudir a estas páginas si quiere evitarse un recorrido incierto por los clásicos directamente abordados. No es poco decir como logro de una empresa tan cargada de riesgos.—B. M.

MARTHA MERCADER: *Juanamanuela mucha mujer*. Sudamericana, Buenos Aires, 1980, 450 págs.

Cuenta François Mauriac que de pequeño creía que las personas serias *n'avaient pas de cul*. Martha Mercader cree que las personas serias tienen eso que un citado eufemismo del siglo pasado llama «antifonario». Y para demostrarlo, le sigue los pasos a Juana Manuela Gorriti, la escritora

argentina de ese mismo siglo de antifonarios cuidadosamente ocultos (y señalados) por *pouffes*, polisiones y crinolinas.

La actitud es saludable, pues la Argentina es un país en que los personajes de la historia (como si algún ser humano no lo fuera) quedan congelados en el pedestal del monumento o en la viñeta del manual, lo que los exime de la muerte y de la vida. No han vivido nunca, por tanto, no mueren, y un pueblo que no sabe elaborar el duelo de sus muertos célebres, que no sabe matar el pasado (la frase es de Plumb, como es sabido), es un pueblo sin historia, condenado a mármoles, bronce y leyendas.

La elección de la Gorriti como personaje central de una biografía novelada no es casual. Se trata de una criatura histórica situada en el punto de encuentro donde se disparan las líneas de fuerza de la historia argentina decimonónica. Patricia de Salta, tiene recuerdos familiares de la guerra de la Independencia. Arrastra la herencia hispánica de las viejas familias fundacionales y viaja por el mundo tratando de impregnarse con el cosmopolitismo que exige a la burguesía nacional la cultura del ochenta. Viene del ángulo andino del país, donde se definen sus dos destinos: el atlántico y portuario, el interno y montañoso. Tierra adentro y tierra afuera. Elige la profesión de las letras en medio de sociedades pacatamente provincianas, donde una escritora se codea con la obscenidad y el travestismo del modelo francés: George Sand. Se casa con Manuel Isidoro Belzu, caudillo populista de Bolivia, en tiempos de las guerras civiles, del que acaba tormentosamente separada. Se dedica a la enseñanza y termina sus días en una apoteosis oficial entrecruzada de censuras en voz baja para la mujer que tiene hijos de varios hombres y osa discutir al tú por tú con los próceres del momento.

Escribir una biografía que sea a la vez novela tiene sus riesgos. No se puede ir contra la documentación en ningún momento, pero tampoco la mera servidumbre al dato comprobado basta para resolver el relato. Mercader sorteja hábilmente este aspecto de la empresa, explicándonos con prolijidad los resultados de una paciente investigación y rellenando las lagunas, los olvidos, las tachaduras de la historia, con escenas y personajes de su cosecha, entonados, desde luego, con el estilo de los tiempos.

Técnicamente, el relato avanza y retrocede en la memoria de Juanamanuela anciana, con un procedimiento de flashes cinematográficos de tiempos alternativos. En la memoria todo se achata contra el turbio cristal del ayer, que parece un solo instante vagamente pretérito.

Mercader no sólo se acerca a la Gorriti con sus datos de agenda erudita. Trata de reconstruir la silueta de la folletinista romántica, reproducir su estilo verbal y escrito, hacer de lo apócrifo algo que huelga a docu-